

La temática religiosa en la obra de José Saramago

Muy conocida en España, y más aún después de recibir el Premio Nobel de Literatura en 1998, la obra literaria de José Saramago (n. 1922), se caracteriza por abordar de forma recurrente la problemática religiosa. De hecho, se ha llegado a decir de este autor, confesadamente ateo y muchas veces rodeado por la polémica, que es el escritor contemporáneo que más habla de Dios. Analizaremos, pues, algunas claves religiosas, o antirreligiosas, del discurso saramaguiano.

Eduardo Javier Alonso Romo*

Introducción

TIENE razón Cristobal Sarrias, cuando afirma en un breve pero sustancioso artículo sobre la presencia del tema religioso en la literatura actual, que no es fácil encontrarse con Dios rastreando

* Profesor en la Facultad de Filología moderna. Universidad de Salamanca.

en el mundo de las letras (1). Pero siempre hay matices que vienen a darnos la imagen de Dios que baraja la sociedad de hoy.

Independientemente del lugar que el futuro reserve a José Saramago en la historia literaria, es innegable que este autor es, desde hace ya más de quince años, uno de los escritores más leídos, primero en Portugal, después en España, y actualmente también en muchos otros países. Incuestionable también es el hecho de que este escritor portugués, afincado en España desde 1992, ha logrado crear un estilo personal que le lleva, por ejemplo, a prescindir de la mayoría de los signos de puntuación, y que él vincula con la tradición oral.

No nos toca juzgar aquí al hombre José Saramago, que siempre se ha mantenido fielmente dentro de lo que él entiende como un compromiso por el hombre desde los postulados comunistas, sino que tratamos de analizar su producción literaria (2). Además, sabemos que procede de una familia no religiosa -y socialmente muy humilde, como a menudo recuerda él mismo- y que nunca ha sido católico, por lo que no podemos trazar una evolución personal en este sentido.

Desde el punto de vista temático, el asunto religioso es como un hilo conductor que atraviesa toda la obra saramaguiana, implícita o explícitamente. Así, desde algunos textos incluidos en su libro de 1966 *Los poemas posibles* hasta su *Ensayo sobre la ceguera* de 1995, observamos la importancia del problema de Dios y de la religión para el escritor portugués. Del mismo modo, son frecuentes a lo largo de toda su producción las resonancias bíblicas, ya sean citas o alusiones indirectas (3).

Pero es en algunas de sus más importantes obras donde esta temática constituye uno de los ejes textuales, cuando no el eje central. Concretamente, nos referimos a las novelas *Memorial del convento* (1982) y *El Evangelio según Jesucristo* (1991), y a sus obras teatrales *La segunda vida de*

(1) Cristóbal Sarrias, "Crónica de un Dios ausente", *Misión abierta*, septiembre 1998, pp. 35-37.

(2) La célebre polémica con el Vaticano por la concesión del Nobel a Saramago, se redujo por parte de *L'Osservatore Romano* a la publicación de una brevísima nota titulada "Il Nobel per la Letteratura a José Saramago. Ancora un riconoscimento orientato ideologicamente" (viernes 9 de octubre de 1998); y, al día siguiente, de un artículo de opinión firmado por Franco Lanza con el título de "La morta stagione del nichilismo".

(3) Cfr. Beatriz Berrini, *Ler Saramago: o Romance*, Lisboa, Caminho, 1998, pp. 38-49.

Francisco de Asís (1987) e *In nomine Dei* (1993); por tanto, estas obras, y especialmente *El Evangelio*, serán citadas de un modo especial (4).

Fe en Dios o en el hombre

Nos encontramos ante un discurso que, a nivel ideológico intenta mostrar la inexistencia de Dios y, consecuentemente, el absurdo de toda religión. Formalmente, se sirve a veces de la “confesión” explícita, pero con más frecuencia utiliza todas las sutilezas retóricas de carácter persuasivo, y sobre todo la ironía (5). En esta ironía Saramago, de modo sagaz y seductor, se coloca en la misma área de competencia referencial del destinatario creyente, a quien implícitamente concede el conocimiento de las convenciones y códigos religiosos, de manera que el texto acumula diversas posibilidades comunicativas (6).

Podemos decir que, de una manera u otra, en casi todas las obras de Saramago encontramos al menos alguna afirmación explícita de su ateísmo, ocasionalmente combinada con el sarcasmo. Así, en novelas tan distintas como *Manual de pintura y caligrafía* (1977) y *Alzado del suelo* (1980) o incluso en libros completamente distintos como *Viaje a Portugal* (1981).

En *Memorial del convento* aparece una nueva “trinidad terrena” formada por los tres protagonistas -el P. Bartolomé Lorenzo, Baltasar y Blimunda-, que en el fondo intenta sustituir a la Trinidad divina (7). Del mismo modo,

(4) Para ayudar al lector, tomamos las citas textuales a partir de las ediciones en castellano: *El año de la muerte de Ricardo Reis*, Barcelona, Seix Barral, 1985; *Memorial del convento*, Barcelona, Seix Barral, 1986; *El Evangelio según Jesucristo*, Barcelona, Seix Barral, 1992; *In nomine Dei*, Barcelona, Ronsel, 1994; todas ellas según traducción de Basilio Losada. Y *Cuadernos de Lanzarote (1993-1995)*, Madrid, Alfaguara, 1997, traducción de Eduardo Naval. En cambio, nosotros traducimos las citas tomadas de periódicos portugueses.

(5) El propio Saramago declara en una entrevista sobre *El Evangelio* que intenta “desmontar seriamente por la ironía (porque la ironía es una cosa seria) cosas que han asumido demasiada importancia [...]”; en la descripción de los milagros, a veces en una pequeña palabra, hay siempre ironía, y de vez en cuando, incluso una censura explícita a Jesús”, en *Jornal de Letras*, Lisboa, 5-Noviembre-1991.

(6) Cfr. Piero Ceccucci, “Elementos de humanismo utópico do discurso narrativo saramaguiano sobre a temática religiosa”, en *Actas do 4º Congresso da Associação Internacional de Lusitanistas*, Lisboa, AIL, 1995, p. 384.

(7) Cfr. Fátima Bueno, “O herético e o sagrado em *Memorial do convento*”, en *Actas do 5º Congresso da Associação Internacional de Lusitanistas*, Oxford-Coimbra, AIL, 1998, vol. I, pp. 451-457.

como narrador, en *El año de la muerte de Ricardo Reis* (1984) señalaba como tarea urgente la de “hacer una nueva teología, totalmente al contrario de la otra”. Este propósito se concreta en *El Evangelio según Jesucristo*, donde la figura de Dios pasa por un intenso proceso de desacralización, apareciendo como “el malo de la película”. Se trata de un Dios que ni siquiera puede ser comprendido por su hijo Jesús, lo cual explica las últimas palabras de éste en la cruz: “Hombres, perdonadle, porque no sabe lo que hizo” (*Evangelio*, p. 341).

En su diario, publicado con el título de *Cuadernos de Lanzarote* (1993-1995), descubrimos frases tan explícitas como éstas: “Dios no necesita del hombre para nada, excepto para ser Dios. Cada hombre que muere es una muerte de Dios. Y cuando muera el último hombre, Dios no resucitará”; para terminar con esta otra sentencia, a la que algunos le han buscado un sentido más positivo: “Dios es el silencio del universo y el hombre el grito que da sentido a ese silencio” (p. 240) (8).

El propio autor declara en un libro de entrevistas concedidas a Juan Arias, que le sorprende que se hable tan poco de Dios (9), para afirmar a continuación: “Tengo que hablar de Dios en cuya existencia no creo [...]. No creo en Dios, ni en la vida futura, ni en el infierno, ni en el cielo, ni en nada”. Pero añade: “yo no puedo decir en conciencia que soy ateo, nadie puede decirlo, porque el ateo auténtico sería alguien que viviera en una sociedad donde nunca hubiera existido una idea de Dios, una idea de trascendencia” (10).

Otra idea característica de Saramago es, formulada por él mismo, la siguiente: “Me gustaría que existiera Dios porque tendría a quién pedir cuentas cada mañana”. Y continúa con estas significativas palabras: “Pero no tengo a quién pedir las. Hay en mí una especie de rechazo visceral, como si todo mi ser se rebelara contra la idea de un Dios, pero sigo hablando de él” (11).

Por otra parte, encontramos en la obra de Saramago algunas manifestaciones de radical relativismo (¿de raíz posmoderna?), a veces proyectado hacia lo sobrenatural, como en este diálogo sobre los santos entre Baltasar y Blimunda: “Ellos no se salvaron [...] nadie se salva, nadie se pierde, Es peca-

(8) Más duras, en cambio, son las pp. 44 y 89-90 de esta misma edición de *Cuadernos de Lanzarote*.

(9) Ver Juan Arias, *José Saramago: El amor posible*, Barcelona, Planeta, 1998, p. 125. Este libro es muy interesante desde el punto de vista que estamos abordando porque en él, Juan Arias es un entrevistador activo que interpela a Saramago tomando partido a favor de la fe.

(10) Idem, *ibid.*, pp. 126-127. No obstante, también añade otros matices a su no creencia: “Si Dios existe para la persona con quien estoy hablando, entonces Dios existe para mí en esa persona”.

(11) Ver Juan Arias, *op. cit.*, p. 133.

do pensar así, El pecado no existe, sólo hay muerte y vida” (*Memorial*, p. 266). Pero otras veces, también hacia lo inmanente, como cuando el narrador comenta que Jesús “alabó al Buen Ladrón y despreció al Malo, por no comprender que no hay diferencia entre uno y otro” (*Evangelio*, p. 13). Pero donde aparece de un modo más claro lo relativo de las conductas es en *Ensayo sobre la ceguera*, la puesta en escena de un caso límite. En esta obra hay además un episodio significativo en que, dentro de una iglesia, aparecen Jesús, la Virgen y todos los santos con los ojos tapados, queriendo expresar que ellos no pueden ver a los hombres.

El Cristo de Saramago

El Evangelio según Jesucristo, desde cualquier perspectiva que se analice, constituye un ataque al corazón de la fe cristiana, y ésta es la intención declarada de su autor. Según él, este libro “es una meditación sobre una falsedad, sobre el vacío. Si Dios no existe, Jesús no puede ser su hijo, y toda nuestra civilización, llamada judeo-cristiana, está asentada sobre la nada” (12). En realidad se trata de una metaficción, una relectura de la Biblia donde los valores de lo divino aparecen desacralizados en función de los valores de lo humano, vistos ambos en inevitable contradicción.

Con frecuencia las frases evangélicas aparecen en otros contextos diferentes. El resultado es una total distorsión, que deforma los textos originales hasta hacerlos irreconocibles. Se podría hablar de personajes con pseudónimos sagrados. De hecho, lo que dificulta el diálogo con la interpretación saramaguiana de Cristo, es la fuerte dosis de parodia intertextual que aparece en su libro.

La audacia provocativa comienza con el título *El Evangelio según Jesucristo* (13); en realidad se trata del relato en tercera persona de un narrador omnisciente, donde Jesús aparece simplemente como personaje (14). El hecho de

(12) Ver entrevista en *Jornal das Letras*, Lisboa, 5-Noviembre-1991.

(13) La hipótesis interpretativa de Saramago es, en realidad, un “antievangelio” que por tanto, -contra la etimología de la palabra-, sería una “mala noticia”.

(14) En esto coincide con *El Evangelio según el Hijo*, de Norman Mailer (Barcelona, Anagrama, 1998), pero en este caso sí se trata de un relato en primera persona. Tal vez convendría recordar una cita del jesuita P. António Vieira -uno de los escritores más admirados por Saramago, que incluso ha comentado alguna vez la intención de escribir su biografía- quien a mediados del siglo XVII, ya afirmaba: “Não há novas dadas por homens que sejam evangelho”.

que Saramago comience esta obra con una cita de Lucas 1, 1-4 para justificar su libro dentro de la cadena de escritos "evangélicos", parece contradecirse con el subtítulo "novela" que lleva el libro y que se ajusta mejor a la realidad.

En este *Evangelio*, al contrario que en los evangelios canónicos, se concede mayor espacio a la vida oculta de Jesús -especialmente a su infancia y adolescencia- que a su vida pública, seguramente porque la carencia de datos deja más espacio a la libre imaginación del escritor. Así, uno de los núcleos dramáticos del libro es el de "la culpa de José" por no haber avisado a los padres de los niños de Belén, cuando iba a ocurrir la matanza de los inocentes ordenada por Herodes. Pues bien, éste es un buen ejemplo de la manipulación de los evangelios operada por el novelista ya que esa culpabilidad no tiene demasiada base en el texto de Saramago, pero mucha menos en el texto base de Mt. 2, 13-18. No obstante, el José de Saramago será consciente de su culpa y aceptará el remordimiento en forma de pesadilla, que luego heredará Jesús. Además, José morirá a los 33 años en una cruz, anticipando la muerte de su hijo.

En la economía de la obra es fundamental la escena de diálogo entre Dios, Jesús y el Diablo (15), en medio de un lago rodeado de niebla. A partir de ese momento el autor opera una labor de condensación y de selección, subrayándose los episodios de Betania. Lázaro no es resucitado por Jesús, porque María Magdalena le dice que "nadie en la vida cometió tantos pecados que merezca morir dos veces" (*Evangelio*, p. 328). Nos parece significativo este caso, porque es un buen ejemplo de cómo el autor quiere escamotear momentos decisivos formulando frases ingeniosas.

Hemos de decir que el Jesús que nos presenta Saramago en su libro es, humanamente hablando, muy poco atractivo. A pesar de la ideología del autor, no se trata de un Cristo revolucionario ni se relaciona directamente con otras imágenes que aparecen en otras obras literarias del siglo XX (16), sino que es un pobre hombre, víctima de una voluntad divina fría y calculadora, que sabe que el martirio "es lo mejor que hay para difundir una creencia y enfervorizar la fe" (*Evangelio*, p. 283). Así Jesús aparece como un títere

(15) Hemos de aclarar que el diablo es uno de los protagonistas del *Evangelio* de Saramago, donde aparece bajo las figuras de ángel, pastor y vasija negra, antítesis respectivamente del ángel de Dios, del Buen Pastor y del cáliz pascual. En la obra hay incluso cierta equivalencia entre Dios y el Diablo, como las dos caras de una misma moneda, con un mismo proyecto para el mundo.

(16) Algunas de estas imágenes, más o menos desfiguradas, pueden verse en el libro de José Antonio Carro Celada, *Jesucristo en la literatura española e hispanoamericana del siglo XX*, Madrid, BAC, 1997.

en las manos de Dios, que por otro lado sustituye el amor por el eros, siendo María de Magdala su única pasión, en una línea que a algunos les recordará a Kazantzakis.

El *Evangelio* saramaguiano tiene una estructura cerrada que comienza con la descripción del grabado de Alberto Durero sobre la Crucifixión y acaba con la muerte de Jesús en el Calvario, con una negación de toda esperanza, porque “todo esto son cosas de la tierra, que van a quedar en la tierra, y de ellas se hace la única historia posible” (p. 13).

También en *Alzado del suelo* Saramago humaniza lo sagrado con las alusiones al nacimiento y a la pasión de Cristo, a través de la historia del nacimiento de la niña Maria Adelaide y del relato de los padecimientos y muerte del trabajador Germano Vidigal, antes de llegar “el sol de justicia” que se anuncia al final del libro. Éste, en dicha obra, no se refiere a Cristo sino que se relaciona con la “Revolución de los claveles” de 1974.

La institución eclesial y el clero

Algún autor ha señalado que el discurso saramaguiano supone una condena total, desde el punto de vista histórico y social, de la Iglesia, considerada por Saramago como conservación de un poder alienante, un poder que, instrumentalizando la religión, no tendría otro fin que su propia conservación y que se propagaría mediante el control de las conciencias (17).

En *Alzado del suelo* la Iglesia es condenada históricamente como aliada de los poderosos, insensible al sufrimiento de los oprimidos y que acepta la injusticia social; al mismo tiempo se parodia su colaboración con la dictadura del “Estado Novo” portugués (1933-1974). De este modo, las tres instituciones que componen el Portugal del momento (Iglesia, Estado y Latifundio) son asociadas con la Santísima Trinidad. A esto se refiere el novelista en la conferencia pronunciada con motivo de la recepción del Nobel, cuando habla de “gente popular que conocí, engañada por una Iglesia tan cómplice como beneficiaria del poder del Estado y de los terratenientes latifundistas” (18).

Pero la crítica a la Iglesia es más amplia en *Memorial del convento*, novela que narra, entre otras cosas, la construcción de un convento franciscano

(17) Cfr. Piero Ceccucci, *op. cit.*, p. 383.

(18) Ver el texto completo de la conferencia, pronunciada en Estocolmo el 7 de diciembre de 1998, en *Jornal de Letras*, Lisboa, 16-Diciembre-1998.

como cumplimiento de un voto del rey para conseguir un heredero. Esta obra establece una dicotomía bastante maniquea, al modo del realismo social, entre los opresores (el clero y la corte) indiscriminadamente condenados, y los oprimidos (trabajadores y pueblo en general). También hay una clara contraposición entre el amor de Baltasar y Blimunda, que viven juntos sin casarse, pero que es propuesto por el narrador como modelo de amor auténtico, frente al matrimonio del rey Juan V y la reina María Ana, que siendo legal y sacramental, sin embargo carece de amor.

Pero el clero es acusado, no sólo de aliado del poder, sino también de corrupción, particularmente en lo referido a la falta de castidad. Este pensamiento típicamente anticlerical se expresa una vez más mediante la parodia y la ironía, que ridiculizan hasta el absurdo y que entroncan con una amplia tradición ibérica, en una actitud que sólo es comprensible desde un profundo resentimiento (19). Sólo se salva entre el clero del *Memorial* el histórico padre Bartolomé Lorenzo (20), que tampoco es ningún modelo de santidad, sino que el narrador nos lo presenta como un personaje interesante, pero ciertamente heterodoxo en múltiples aspectos, por lo que acabará perseguido por el Santo Oficio, al igual que otros personajes de la novela (21).

Es también en el *Memorial* donde, describiendo las estatuas de los santos llevadas a Mafra, encontramos estos duros comentarios: "También en lugar cabal vienen Santo Domingo y San Ignacio, ambos ibéricos y sombríos, luego demoníacos, si no es esto ofender al demonio"; a lo cual añade un comentario irónico: "Es evidente, para quien conozca a estos policías, que San Francisco va bajo sospecha" (p. 257).

En *El año de la muerte de Ricardo Reis*, aunque sea de forma marginal, hay una nueva denuncia de la alianza en el Portugal salazarista entre Iglesia y Estado, el cual, según dice el narrador, "utiliza a Dios como avalista político". En esta obra, el protagonista va a Fátima, lo que constituye una nueva ocasión para la mordacidad del novelista.

La *Segunda vida de Francisco de Asís* transfiere a la actualidad la obra del santo del siglo XIII. En la escena vemos a Francisco que regresa a la vida y

(19) Cfr. Manuel Simões, "Saramago evangelista do ressentimento", *Brotéria*, 134 (1992), pp. 413-415.

(20) Bartolomeu Lourenço de Gusmão (São Paulo, 1685 - Toledo, 1724) fue un sacerdote secular que inventó la *passarola*, un primitivo modelo de aerostato.

(21) El tema de la Inquisición aparece especialmente en *Memorial del convento*. Pero los censores del Santo Oficio están también en la obra teatral *¿Qué haré con este libro?*, en que aparece el poeta Camões buscando quien le publique su primer libro; y por supuesto en *El Evangelio* (pp. 299-300).

se encuentra con todos aquellos con quienes vivió: León, Junípero, Masseo, Clara,... Pero se ha producido un enorme cambio en la orden franciscana, que ha sustituido el antiguo ideal de pobreza por la ambición de bienes materiales; en realidad se ha convertido en una empresa capitalista sometida a las implacables leyes del mercado. El fracaso se consume cuando "el Poverello", después de intentar inútilmente la reforma de la orden, decide luchar contra la pobreza.

En *El Evangelio*, de manera coherente con otros aspectos ya analizados, la historia de la salvación es considerada como una historia de perdición, sin remedio ni esperanza: "una historia interminable de hierro y sangre, de fuego y de cenizas, un mar infinito de sufrimiento y de lágrimas" (*Evangelio*, p. 292). Su Dios es un Moloc insaciable, en cuya cuenta hay que cargar una muchedumbre de mártires de todos los tiempos, algunos de los cuales son enumerados por orden alfabético por el propio Saramago, a lo largo de cuatro páginas. A ello el novelista suma el martirio incruento que suponen las renunciadas de la vida religiosa, vista evidentemente desde la incomprendibilidad más absoluta. Saramago llega a afirmar, por boca del Diablo: "Hay que ser Dios para complecerse en tanta sangre" (*Evangelio*, p. 300).

Podemos decir que una de las obsesiones del autor es la intolerancia religiosa. En el prólogo a su obra teatral *In Nomine Dei*, afirma Saramago: "No tengo yo la culpa, ni la tiene mi discreto ateísmo, de que en Münster, en el siglo XVI, como en tantos otros tiempos y lugares, católicos y protestantes anduvieran despedazándose unos a otros en nombre del mismo Dios -*In nomine Dei*-". Y continúa, dirigiéndose a creyentes y no creyentes, diciendo que "los acontecimientos descritos en esta pieza representan, tan sólo, un trágico capítulo de la larga y, por lo visto, irremediable historia de la intolerancia humana" (pp. 9-10). Es, por tanto, una denuncia de las atrocidades cometidas por los hombres en la defensa de sus ideas religiosas, que Saramago retomará en otras ocasiones.

Algunas conclusiones

Al contrario de algunos de los autores citados en este trabajo, como Piero Ceccucci o Fátima Bueno, no pensamos que se pueda hablar propiamente de "herejía" en el caso de la obra saramaguiana, dado que herética sería una desviación desde dentro de la fe, y ése no es el caso del escritor portugués.

En el fondo, lo que encontramos en su obra es una pobre idea de Dios:

una cruel caricatura que acaba siendo un estorbo para el hombre. Es precisamente la imagen de Dios que critica Juan Arias -buen entrevistador de Saramago, como hemos dicho- en las páginas finales de su conocido libro *El Dios en quien no creo*. Hablando del Dios que aparece en *El Evangelio*, Cristóbal Sarrias señala que: "Es un Dios-negación-de-Dios, por lo que tiene de alejado del concepto teológico del cristianismo. La obsesión del novelista portugués por hacer a Jesús -y en consecuencia a todos los hombres- víctima de un Dios cruel e inmisericorde, hace que se descubra su necesidad de negar indirectamente su existencia, y afirmar todos los aspectos negativos de una creencia que pueda tenerle por objeto" (22).

Nos llama la atención el apriorismo -que realmente es otro tipo de "fe"- que le lleva a condenar sin paliativos toda religión y concretamente el cristianismo, sin considerar en ningún momento sus aportaciones positivas a lo largo de la historia. En realidad, Saramago está escribiendo contra las peores desviaciones de una de las versiones del cristianismo histórico (sacrificial, redentista, culpabilizante y ritualista), desconociendo enteramente otras alternativas, lo cual constituye una forma de intolerancia mental. El escritor condena una concepción religiosa que entiende la relación entre los creyentes y Dios como algo fundamentado en el sufrimiento, pero no se preocupa en buscar otros lenguajes teológicos.

Está claro que el escritor portugués ve, al modo de Nietzsche o de Sartre, una contradicción entre plenitud y libertad humanas, y la existencia de Dios. De ahí que, reivindicando para el hombre una autonomía radical, éste es considerado como único señor de su propio destino, instituyendo una "nueva religión", enteramente laica, que vincula al hombre, ya no con Dios, sino con los otros hombres. A partir de aquí, el discurso de Saramago aparece como un humanismo utópico, que llevaría a una sociedad justa y fraterna. Y sin embargo, frecuentemente Saramago subraya la experiencia de la contingencia humana, que al no remitirse a Dios ni a ninguna posible trascendencia, se trata siempre de una contingencia vacía, siempre acompañada de un hondo pesimismo (23).

Quien espere encontrar en Saramago algún parentesco con los interrogadores del misterio del sufrimiento humano, como Dostoievski, Péguy, Graham Greene o Malraux, saldrá probablemente bastante desilusionado, entre otras cosas por cierto reduccionismo materialista del autor portugués.

(22) Cristóbal Sarrias, art. cit., p. 36.

(23) "Soy pesimista hasta donde no se puede pensar más", declara a Juan Arias; vid. *op. cit.*, p. 63.

Por otro lado, situando a sus personajes ante un destino implacable y ciego, su obra deja pocos resquicios a la esperanza.

No obstante, todo lo anteriormente dicho no le quita a José Saramago el mérito de su denuncia de la opresión, la injusticia y la mentira, y de su defensa de los perdedores de este mundo (24), conceptos a partir de los que, tal vez, se podría salvar "religiosamente" parte de la obra de Saramago, teniendo en cuenta que, profundizando, algunos de los valores humanos que reivindica el autor portugués -sólo algunos, pues él realiza su propia selección-, son valores cristianos, aunque él no lo entienda así, situándose siempre dentro del ateísmo y el anticlericalismo militantes.

(24) Ver el breve discurso, dedicado enteramente a los Derechos Humanos, pronunciado el 10 de diciembre de 1998 al recibir el Nobel, en *Jornal de Letras*, Lisboa, 16-Diciembre-1998.